

Acerca del errar por el portuñol

Nunz teoz Gleda

Hombre, yo no sé por qué te quiero
Yo te tengo amor sincero
Diz a muchacha do Prata
Pero no Brasil é diferente
Yo te quiero simplemente
Teu amor me desacata.

Fragmento de «O samba e o tango»,
canción de Amado Regis

En el ámbito de un encuentro de profesores de español del Estado de São Paulo celebrado en 1984. Néstor Perlongher designaba algunas de las varias caras de una lengua especialmente popular en Brasil: el portuñol. Por constituir, ya en aquella época, el horror de los profesores de español, que no lo interpretaban como comunicación sino como interferencia o ruido, el portuñol era condenado a la ilegitimidad. Y este carácter ilegítimo se veía reforzado por la naturaleza de sus usuarios, pues esa lengua se asoció —y aún se asocia— al flujo migratorio entre Brasil y los países circundantes. Tal corriente que, a lo largo del tiempo respondió a motivaciones específicas, sería de larga data y habría dejado marcas no sólo en el lunfardo rioplatense sino también en la *gíria* brasileña. Desconocemos si Perlongher, en el momento de escribir el texto, sabía que José Lino Grünewald sería el autor de *Carlos Gardel. Lunfardo e Tango*. En este libro, publicado en el 94 a través de la editorial Nova Fronteira, Grünewald trata parte de estas cuestiones.

Pero retomando el hilo de las corrientes migratorias, nos gustaría hacer una breve consideración sobre un aspecto al que también se refiere Perlongher: el impacto que sobre la lengua española ejerció uno de los movimientos más recientes. Se trata del de los jóvenes y mochileros. El lenguaje rocanrol de la Argentina, que Paula Bustos Castro define como lenguaje de la calle, de carácter clandestino o marginal, tiene como una de sus fuentes ciertos fragmentos de la lengua de Brasil. En sus recorridos, los viajeros se identificaron con algunas expresiones directamente ligadas a una postura brasileña frente a la vida y, dada la serie de puntos de contacto que la mirada rocanrol mantenía con ésta, terminaron por llevarse las. Es que en la Argentina, como sintetiza Miguel Grinberg, el rock se inicia con la metáfora de construir un barco para partir hacia la locura y naufragar y, posteriormente, se desenvuelve alrededor del diálogo con tal metáfora. A partir de esta interpretación, podemos entender las identificaciones del

roquero con la «libertad» del paisaje tropical, la *curtição* del momento y la enunciación del «todo bien». Como resultado, en los últimos años, ciertos fragmentos de la *gíria* brasileña, después de haber migrado hacia el lenguaje rocanrol, se instalaron en la sintaxis del español o castellano del porteño. Tal es el caso de *curtir*, *careta*, *joya*, *todo bien* y *transar*.

Pero la serie de designaciones que del portuñol hace Perlongher no termina por acá; culminará explorando el singular agenciamiento de la enunciación que de esa lengua hacen otro tipo de usuarios: los poetas. A nosotros, analistas del discurso, nos mueve otra forma de amor por la lengua y, llevados por ella, antes de entrar en el territorio específico de la poesía, nos gustaría considerar e, incluso, interpretar el portuñol del brasileño, esa lengua que, como decíamos al comienzo, goza de una especial «popularidad» en este país. Para ilustrarla, citamos en el epígrafe de este texto, el fragmento de una vieja canción con la cual, hace unos cinco años, Caetano Veloso abría un recital que llevaba el nombre de «Fina Estampa».

En Brasil, desde siempre y en general, la cercanía material entre el español y el portugués contribuyó a crear un efecto de transparencia que se asoció a la idea de facilidad y que, con la excepción de la buena voluntad de gestos oficiales circunstanciales o de la pasión ocasional de algunos sujetos culminó en un cierto menosprecio de la necesidad de someterse a su estudio. De hecho, considerando el estatuto del español en el cuadro de las lenguas extranjeras en Brasil, podemos concluir —de la misma manera que sería justo hacerlo también desde la perspectiva de los países hispanohablantes de esta parte del Continente— que, en el transcurso de este siglo y hasta no hace mucho tiempo, ningún saber le era atribuido o supuesto. Eso contribuyó, de alguna manera, a darle el carácter de una lengua singularmente extranjera, en algunos casos vista como una versión «mal hablada» y, en otros, como una versión «más formal» del portugués.

tu- tu 7/8 cotoño 2000, B. A.

Y para sostener la hipótesis de esa extranjería «a medias» que preferimos designar como singular, deberíamos agregar que el brasileño guardó —y aún guarda— frente al español una posición de apropiación espontánea que le da derecho a un goce inmediato de esa lengua. Esto significa que la posee, la usa, la aprovecha, obtiene su usufructo (o recoge sus frutos) sintiendo regodeo y dicha. En fin, como podríamos decir en portugués o en portuñol, gozando nosotros mismos de la transparencia de las lenguas, sentiría el derecho de *folgar* con esa lengua. E, incluso, a contramano de las bifurcaciones y divisiones que nos impone la condena de Babel, podríamos llegar a una de las ramas tardías del tronco latino e identificarnos —brasileños y argentinos— con el sistema de referencias y alusiones que nos aporta la forma *follicare*.

Ahora bien, en la proyección de ese español imaginario, una lengua en la que el brasileño no se subordina a ninguna ley, a no ser la de la imaginación y la fantasía, ese sujeto pone en marcha su portuñol. Por el funcionamiento específico de la materialidad lingüística del español, mucho más cercano —por ironía de la historia— al funcionamiento del portugués de Portugal, esa lengua que insistimos en designar como singularmente extranjera reinstala la brecha o abre la herida de un sujeto —como bien observa Eni Orlandi— «clivado» entre dos lenguas heterogéneas. Mario de Andrade se encarga de designarlas cuando habla de la relación que el brasileño tiene entre *seu gostoso falar* (lengua en la que es casi imposible *errar* porque no hay *erro* que no se justifique) y el *difícilimo escrever* que guarda las reglas y se ajusta al corsé y al acartonamiento que le impone la lengua del colonizador. El funcionamiento del español se le presenta al brasileño como un discurso escrito, reeditando la forma en la que éste se relaciona con el portugués de Portugal. La subjetividad reacciona con una especie de oralización *gostosa* del español, cuyo efecto inmediato es el portuñol. Así, el brasileño se comporta no como un extranjero de la lengua sino como un insubordinado a la ley del funcionamiento del español, actitud que entra en metonimia con la secuencia: apropiación-expropiación-desjerarquización-deconstrucción y que, por lo tanto, se encuadra perfectamente dentro del marco del ritual antropofágico. Siendo la antropofagia el concepto a través del cual Oswald de Andrade define el funcionamiento de la cultura brasileña, podríamos interpretar el portuñol como «un modo de decirse brasileño». Parafraseando a Haroldo de Campos, se trataría de una forma de manifestación de la devoración crítica del legado cultural universal, elaborado desde el punto de vista *desabusado* del salvaje malo, devorador de blancos y antropófago.

Pero, para probar aún de forma más contundente, la referida popularidad del portuñol en Brasil, exploraremos el in-

tervalo de dieciséis años que se abre entre la reflexión de Perlongher, que es del 84, y este texto del 2000. En tal sentido, debemos decir que un evento político-económico, la firma del tratado del Mercosur en los 90, previó la difusión del aprendizaje de las lenguas oficiales de cada uno de los países que participaban del acuerdo a través de los Sistemas Educativos formales, no formales e informales. Y, alrededor de este hecho, surgió en Brasil una nueva «forma de horror» frente al portuñol y, una vez más, aunque en este caso de forma más categórica, éste quedó reducido a un cierto tipo de ilegitimidad. Los empresarios brasileños, ya en la etapa de puesta en marcha de tal tratado, se pronunciaron y el enunciado que concentró su postura podría ser algo así como *Não basta o portunhol para fazer o Mercosul*. La emergencia de tal enunciado puede interpretarse como un acontecimiento discursivo porque le hace frente a una memoria a partir de las exigencias que impone una actualidad, interfiere en las rutinas del discurso y funda una nueva relación entre el brasileño y la lengua española. De hecho, se produjo una especie de revisión de esa memoria y hubo un movimiento de retracción, casi diríamos un acto de contricción. Este proceso coincide con otro: aquel por el cual el español va cobrando a nivel mundial, y cada vez más, carácter de pasaporte internacional. A partir de tal coyuntura, se da en Brasil una verdadera explosión de la demanda del estudio de la lengua española. Ésta —que hasta entonces y en general no había sido soporte de un saber por el cual valiese la pena someterse al esfuerzo de adquirirla— pasó a ser promisoría, por involucrar todo lo que una lengua vehicular puede ofrecer: la desterritorialización a partir de la vernácula en dirección al espacio de lo urbano, de lo estatal o, incluso, mundial, pues ella —la más cercana al inglés para el brasileño de los 90— lo acompañaría en el deseo simultáneo de transparencia y ubicuidad que implica el proceso de globalización que, a esta altura del siglo, se concentra de forma vertiginosa. Recordemos que las lenguas vehiculares —tal como las definen Deleuze y Guattari a partir de conceptos de Henri Gobard— se asocian al intercambio comercial, la transmisión burocrática, la socialización urbana e internacionalizada y la necesidad de acción que supone la idealización de un sujeto pragmático.

La nueva versión de la condena a la ilegitimidad del portuñol debe buena parte de su fuerza y poder al hecho de que fue pronunciada desde el espacio de la administración político-económica, en el cual deben reinar la estabilidad de los sentidos y la homogeneidad lógica. Y, desde esta perspectiva, negar y denigrar el portuñol supone una ilusión: la de restringir el alcance del malentendido y la ambigüedad en el plano de la interlocución entre hispanohablantes y lusohablantes del Cono Sur a los límites del territorio de esa lengua. El equívoco,

Por lo tanto, es tratado —diría Michel Pêcheux— como «el domingo del pensamiento» y administrado, en fin, como un error siempre capaz de rectificación. Pero el periplo que Jean-Claude Milner hace instigado a partir de la *lalangue* — el equívoco creado por Lacan— nos permitirá recordar y reafirmar que una lengua se define entre otras por la producción singular del equívoco que ella comporta. De aquí de desprende que el equívoco es constitutivo del funcionamiento de una lengua. El propio Pêcheux, como un analista del discurso que cuestiona los pilares epistemológicos sobre los que reposa la lingüística, coincide en decir con Milner que nada de la poesía le es extraño a la lengua y que ninguna lengua puede ser pensada completamente si no se integra la posibilidad de su afirmación de la poesía a toda la lengua que se hace dentro del campo de los estudios discursivos, volvemos al texto de Néstor, que abandonamos en el punto exacto en que se disponía a hablar del especial agenciamiento de la enunciación que del portuñol hacen los poetas, explotando la singular ambigüedad y vacilación que se constituye en el interregno de dos lenguas cuyo singular contacto se hace imperioso determinar.

Tal agenciamiento, su ilustración y el análisis de sus varias versiones —aunque en la manifestación excesiva de la poesía— se encargarán de designar abiertamente y resignando toda estrategia imaginaria el referido contacto entre el funcionamiento del español y del portugués brasileño, en que el sujeto queda a merced, más allá de sus «buenas intenciones», de lo que Perlongher llegará a definir con enorme precisión en «Sopa paraguaia», el prólogo al texto *Mar Paraguayo* de Wilson Bueno, publicado en São Paulo en 1992 por la editorial Iluminuras, y escrito —de acuerdo con la descripción del propio Perlongher— en *um portunhol malhado de guaraní*. En dicho prólogo el poeta reconoce que existe entre el español y el portugués *um vacilo, uma tensão, uma oscilação permanente: uma é o «erro» da outra, seu devir possível, incerto e improvável*. A merced de los efectos de tal relación queda el sujeto, más allá de sus «buenas intenciones» y de sus rectificaciones.

Pero al poeta, tal reconocimiento le permite concluir que el efecto del portuñol es inmediatamente poético y esta constatación lo alienta a abandonar el campo de la lexicografía, que es el territorio en el que se trata a los vocablos como signos, y lo lleva también a atarse a la deriva del significante que como tal, parafraseando a Octave Mannoni, es indiscernible pues sale del campo de las evidencias lexicales. El poeta, entregado a la babel del inconsciente, pues en éste pueden quedar inscriptos pedazos de todas las lenguas, cabalga en una línea de fuga que traza una constante desterritorialización entre dos lenguas «sistemáticamente» diferenciadas. Así, asume

su mestizaje y de alguna forma cuestiona la simetría del ideal del bilingüe ambidiestro.

Como resultado de todo esto, podemos improvisar dos conclusiones. La primera tiene que ver con una inversión de la utopía de Babel. El mito, de acuerdo con ciertos análisis, tiene un aspecto regresivo, pues proyecta un lenguaje universal que adhiere al referente en su forma completa y original. Y, al mismo tiempo, tiene un lado progresivo: el de designar un estado presumiblemente infeliz en el que las lenguas y las personas se multiplican y se dispersan a través del mundo. La proyección utópica que implica el primer aspecto permite, tal como ocurre en las fantasías y sueños, la satisfacción de un deseo, pues responde a la ilusión con la consumación de un estado de plenitud: el kairós, la estación plena de significación. El goce que del portuñol alcanza Perlongher proyecta un sueño en el que alcanzar esta estación plena sería llevar al extremo la confusión de esas lenguas no para reunir las en su tronco inicial, sino para explotar, como vimos, la desterritorialización del significante. Una versión, al fin y al cabo, bastante singular también de la utopía del políglota, pues tanto éste como el poeta del portuñol sueñan con satisfacer la ilusión de complementariedad que le darían las varias lenguas, en una línea de fuga que marcha en dirección a la plenitud y a una totalización entre lenguas siempre inconmensurables. Sin embargo, tal vez haya una diferencia y, en este sentido, el poeta saque ventaja.

Y, por fin, nuestra otra conclusión nos permite decir que el goce y el gozo (la palabra gozo en portugués —no osamos aquí hablar en portuñol— nos permitiría la vacilación y el equívoco que el español no reúne en un significante); decíamos, entonces, que el goce y el gozo del portuñol que antes interpretábamos para el caso del brasileño alcanza, en su poesía, un punto culminante. Por eso, en el 93, *in memoriam*, Haroldo de Campos decía: *canta néstor agora em gozoso portunhol neste bar paulistano*.

—MARÍA TERESA CELADA

María Teresa Celada nació en 1955 en Buenos Aires. Profesora de Letras UBA. Profesora en el Área de Español USP. Doctorada por el Depto. de Lingüística de la UNICAMP, con la tesis «O espanhol: uma língua singularmente estranha no Brasil». Entre sus publicaciones se destaca «Un equívoco histórico», en *Cuadernos Hispanoamericanos* núm. 570, número monográfico español/portugués: diálogos.